

'Les Caramelles'

Entre las costumbres de la antigüedad sobresa e la de las Caramelles. Revisemos libros viejos y archivos y nos daremos cuenta del abundante folklorismo de nuestra tierra. Sardanas, bailes regionales y tantas y tantas otras costumbres de la antigüedad catalana.

Pero ninguna de ellas, exceptuando las sardanas, ha conseguido infiltrarse por todos los rincones de nuestra tierra, como lo han hecho las Caramelles.

Esas voces lanzadas al aire, al unísono, para cantar la Resurrección de Cristo, conservan aun todo el encanto y lirismo de sus orígenes.

La canción no está compuesta de palabras vanas que salen de los labios. No, cada nota, cada sonido, es un vivo reflejo del espíritu popular.

Conservan aquel aliento extraño, indescifrable quizá, que les hace perdurar lustros y centurias. Cuando esas voces, sonidos dorados que diría el poeta, son lanzadas por los aires, suben raudas en torbellino por encima de nuestras cabezas y se infiltran en los corazones.

Pasados los días de la Cuaresma, días de silencio y quietud; días en que nuestro espíritu se precipita en el hondo abismo de la tristeza por la muerte de Dios hombre, viene alegre y sonriente el sábado de Gloria anunciando la Resurrección del Señor.

Ha pasado ya el tiempo de ñoñez espiritual y por las calles de las ciudades catalanas van los coros de hombres y muchachos entonando canciones.

Volverá el sol otra vez a brillar como antes, las flores abrirán su caliz a los abrazos de los céfiros y la mar mansa y blanca por la espuma de las olas, besará docilmente los pies de los peñascales. Todo anunciará la gloria de la Resurrección.

Van los coros entonando canciones, como en una especie de kindesgarten popular. Todo es alegría y juventud.

Esas colles van a derramar su lirismo de casa en casa.

Todos llevan cubierta la testa con la típica barretina catalana, mientras uno de ellos les acompaña con una cesta adornada, al cabo de un palo suficientemente largo para llegar a los balcones y recibir las mercedes, moviéndose al compás de las canciones.

A pesar de todo, las Caramelles han perdido en la actualidad aquel sabor religioso, característica primaria de los cantos en tiempo de nuestros abuelos.

Atendiendo lo que llevamos dicho, las Caramelles no son tal como eran unos siglos antes. Antiguamente las colles eran obsequiadas con huevos y embutidos y casi nunca dinero. Así mismo los caramellaires iban ataviados con la indumentaria típica del país.

Podemos observarlo claramente en el cuadro de Anton Ferrer, (siglo XVII), en el que vemos a los

Ficción y Realidad

Escenas de rodaje

Para apreciar lo muchísimo que de técnica tiene el cine basta con llegarse a ver filmar «Pandora»: aquel efecto artístico, emocional, que en nosotros producirá luego la escena, se va fraguando lenta, mecánica, fragmentariamente en actuaciones de medio minuto de duración. Los preparativos de una toma son fatigosos. Los actores esperan bajo los quitasoles mientras el ayudante de dirección, el operador, la secretaria de rodaje y los técnicos de iluminación y sonido disponen los elementos materiales: luego el director dispone el elemento humano. Cuando todo está a punto, suena un silbato: silencio. Se dispara la cámara. Los actores permanecen todavía inmóviles. Entonces se adelanta un ayudante con la claqueta, o pizarra de dos piezas donde va escrito el número de orden de la escena, según el guión de rodaje, y la hace sonar ante la cámara, que la impresiona, retirándola en el acto. Suena entonces la voz del director: «Acción» y comienza la escena, que termina (después de uno o dos movimientos de los intérpretes y pocas palabras intercambiadas), a la nueva orden del director: «¡Cut!» Y se corta la toma.

Cada escena responde a un plano del guión, es decir, a cada intervención de la cámara, que representa el ojo del espectador. Cada plano, así mismo, lleva un número de orden, y viene a ser

una unidad perfectamente distinta en el conjunto del film. A veces, un simple movimiento está escrito en el guión para ser tomado desde diferentes ángulos y, por lo tanto, hay que descomponerlo también en tantas tomas como ángulos.

Durante el rodaje se introducen variaciones forzosas o caprichosas en el guión, y entonces la secretaria de rodaje los registra, y les da un número accesorio.

Viendo a un director cinematográfico disponer a los astros en la escena y mandarles escuetamente lo que deben hacer y decir, se comprende de un lado el poco espíritu de creación que una interpretación cinematográfica exige, y de otro lo difícil que es poner a contribución aquel espíritu, cuando se posee.

Lo mejor es dejar que el director diga *todo* lo que se debe hacer y decir. El intérprete importa más como elemento constructivo, decorativo, que como elemento humano. Importa su físico, su prestancia, su gracia o su belleza. Ha de tener personalidad puramente cinematográfica, de ilustración. Si es actor o actriz de veras, mejor. Pero siempre mediará un abismo de la obra de arte cinematográfica a la obra de teatro, y una vez más hay que repetir que, pese a las tentativas de conciliación, ambas manifestaciones artísticas divergen.

J. VALLVERDÚ A.

cantaires, con la manta a la espalda, barretina del color del clavel y algunos de ellos tocando el caramillo o *caramella*.

Muy bonitas son las Caramelles. Pero ¿Cual es su origen? Respuesta difícil. Pero dejemos paso a las poéticas opiniones de Verdaguer y retrocedamos unos cuatrocientos años.

Imaginémonos que nuestro espíritu puede contemplar lo que sucedió en el castillo de Bauda, en aquella fecha añeja y desconocida.

Es la mañana del Sábado de Gloria. Al pié del románico y acérrimo castillo de Bauda hay un puñado de pastorcicos que están apacentando el rebaño.

Entonces es cuando oyen en lontananza el vibrante eco del vecino campanario de Sous que anuncia la Resurrección.

Llenos de júbilo y alegría entonan los Goigs de la Mare de Déu del Mont, mezclando sus voces y los sones de caramillos, con la alegre voz de bronce del monasterio, y el murmullo del agua de la fuente. Ya han nacido las Caramelles, pero de la manera más poética que podamos imaginarnos.

Y aquellos pastores con el corazón rebosando de alegría van a derramar su júbilo por las *masies de l'encontrada*.

**

En nuestra ciudad varias *colles* nos brindaron el júbilo de la Resurrección, pero de ellos sobresalió la Sociedad Coral con su acertado ramillete de canciones: La Moraneta, La donzella de la Costa, Flors de Maig, La Sardana de les Monges... etc.

J. ESCORTELL C.

El ideal de los idealistas

7 DIAS

La semana pasada apareció una muy loable «carta al director» sugiriendo la celebración de concursos literarios entre la juventud guixolense con el fin de elevar el nivel cultural de la ciudad. Acrecentaba enormemente el valor de la epístola el hecho de haber partido de un joven, de un alma sinceramente interesada en lo que de más sugestivo tiene la cultura, su contribución al espíritu mediante las Bellas Letras.

Imaginamos que son bastantes más los jóvenes como éste del genérico seudónimo, que encuentran a faltar en el ambiente algo de aire puro, verdaderamente espiritual. No lo hay, ciertamente, por ahora. Lo hubo un tiempo, y, con seguridad volverá a darse. Yo me permito ser paradójicamente optimista a este respecto. Las cosas del espíritu son muy sencillas, no acarrear consigo ninguna complicación y, normalmente, no suelen dañar intereses...

Y, no obstante, a lo largo de la Historia, las mayores y más obstinadas oposiciones surgieron contra empresas espirituales, *idealistas*. La paradoja se repite desde que Cristo pendió de las tablas infamantes del Calvario. Los idealistas se dieron siempre a los demás, se sacrificaron en el altar del altruismo sin que, en el mejor de los casos se les prestara atención. Ni su voz ni la de los humildes que les animaron, pudieron vencer la sordera contumaz y torpe de aquellos que hubieran podido materializar su obra, o darle mayores alientos. Y fué más tarde, cuando ya ellos habían desaparecido de la faz de la tierra, cuando acaso alguien descubrió que habían dejado una semilla oculta o realizado con pobres medios una obra ingente. Y se les erigió un monumento y se grabó su nombre en bronce eternos, con imperdonable retraso.

El ideal de los idealistas sería encontrar quien les secundara en la tarea de embellecer la vida común. Un hombre de la Roma clásica pasó a la posteridad sólo por haber protegido a un poeta. El poeta pudo escribir desde una aurea medianía material y así Mecenas se immortalizaba, por haber sabido invertir en el Banco de la Belleza parte de su dinero. Ahí está el detalle...

En nuestros tiempos de liquidación de fortunas, de hondas fisuras económicas, de amenazadoras crisis colectivas, mucha gente prefiere cerrar los ojos a las necesidades culturales, que, en

Todas las semanas en las páginas de **ANCORA** hallará un completo resumen de la actualidad ciudadana.

Abónese a **ANCORA** y recibirá puntualmente nuestras ediciones a domicilio

O. CASELLAS
PINTURA - DECORACION

MUY PRONTO
"EL FERRER DE TALL"
A BENEFICIO DEL
II HOMENAJE A LA VEJEZ

Agua de MALAVELLA
Representante: **SEBASTIAN MESTRES**